

EL CASCABEL

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO DIRIGIDO POR

DON CARLOS FRONTAURA



DIRECCION

Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION

Plaza de Matute, núm. 2.

ADVERTENCIA.

Para celebrar el día de *San Isidro* bendito, damos hoy un numerito de EL CASCABEL, con sus viñetas correspondientes del popular Ortego.

Veán nuestros suscritores cómo no reparamos en gastos para merecer su favor.

Queremos distraerlos algunos momentos en estos días en que á todo el mundo afligen las desgracias de la patria.

COSAS DEL DÍA.

Las tradicionales costumbres populares van de vencida. Sea cansancio, sea que tenemos otras preocupaciones que nos distraen, sea que hay poco dinero, el caso es que ya no es la fiesta del glorioso patron de Madrid lo que era en otro tiempo ménos democrático, pero más feliz.

Recuerdo que otros años presentaban las calles apartadas de Madrid un triste aspecto; estaban desiertas; como que toda la animacion, todo el bullicio estaban en San Isidro, y la gente iba y venia por las calles Mayor, de Toledo y Segovia, camino del sitio de la romería, ó de regreso despues de pasar allí la mayor parte del día, siguiendo la inveterada costumbre. En los últimos años, las empresas de ferro-carriles han contribuido á sostener aparentemente la tradicional costumbre, facilitando la venida por infimo precio á muchísimos forasteros, que aprovechaban la feliz coyuntura para visitar al santo y evacuar al mismo tiempo sus asuntos particulares en la córte; este año los forasteros brillarán por su ausencia, porque ni los caminos están para arriesgarse á andar por ellos, ni los forasteros pacíficos tienen muchas ganas de romería en presencia de la guerra civil que otra vez tenemos en España para vergüenza de todos, y por la imprevisión y los ruines rencorillos de los que hicieron este lio que se llama la revolucion de Setiembre, y la gloriosa revolucion por los que de ella se han aprovechado para redondearse y salir de apuros.

Solamente vendrá gente de los pueblos inmediatos, y no será mucha; es decir, que no es este buen año para San Isidro.

El santo bendito simboliza la paz, el amor al prójimo, la humildad y el trabajo, y no son estos tiempos de eso; al contrario. La paz huyó avergonzada, el amor al prójimo no existe, la humildad se ignora donde se halla, y el trabajo, ni lo hay ni hace falta, porque ya se han perdido las ganas de trabajar.

Ahora privan el fusil, el trabuco, la navaja, el sable, la lanza, y todos los avíos de matar, y por ahí andan guerreando mozos y viejos, trayendo de acá para allá al ejército, y haciendo el más flaco de los servicios al país, que no necesitaba otra cosa que una temporadita de guerra para que sea completa su ruina.

Pero, en fin; la guerra debe ser cosa muy buena y oportuna, cuando periódicos que se llaman católicos hablan de ella con fruicion y entusiasmo.

Mas, hagamos aquí punto, y, aunque sin muchas ganas, sin la alegría de otras veces, vamos á dar una vuelta por San Isidro, y le pediremos humildemente que interponga su influencia cerca del Señor para que la Divina voluntad haga cesar esa guerra.



—¡Oh! D. Fermin, ¿V. en San Isidro?...

—Sí, señor; he venido á distraerme, por no volverme loco...

—¿Cómo?...

—Porque desde que he leído los presupuestos del ministro de Hacienda y me he enterado del estado de esta, no puedo lanzar de mí una idea, que temo me vuelva loco...

—¿Y qué idea es esa?...

—Que nos han partido los de Setiembre.

—¡Hombre! Esa idea es la de todo el mundo.

—A mí me volverá loco, no lo puedo remediar.



—Doña Rosita, así me gusta, que traiga V. á las niñas á San Isidro.

—Hija, no hay más remedio; no crea V. que tengo muchas ganas de romería; pero hay que traerlas donde hay gente... á ver si quiere Dios...

—¿No tienen novios?...

—¿Novios?... No, señora; ahora ya los hombres no hacen el amor á las mujeres; sólo se ocupan en hacer el oso, unos por D. Carlos, otros por D. Amadeo, otros por Sagasta, otros por la república... otros por el diablo que los lleve... ¡Jesus! Esto es el fin del mundo.

—Pues me alegraré de que las niñas se casen pronto.

—Eso va largo, hija. En fin, yo cumplo con traerlas donde las puedan ver.



—Caballero, ¿no le compra V. unas rosquillas á la señora?... Mire V. que las tengo buenas.

—Por mí, aunque las tuviera V. malas...

—Cómprele V. á ese niño media libra siquiera... ¿no vé usted que se le van los ojos tras ellas?

—A mí también y me aguanto.

—¡Jesus! ¿qué señor!... Compre V. unas rosquillas siquiera...

—Pero, buena mujer, ¿si soy maestro de escuela!...

—¡Ah! entonces no he dicho nada.



—Señora Juana, ¿cómo va V. tan sola?

—Hija, he venido por no perder la costumbre, pero tengo un humor...

—Pues ¿qué le ha pasado á V.?...

—Nada, que mi marido se ha ido con los carlistas, y mis dos hijos están en el *clú*, que tienen hoy junta para ver si se echan ó no se echan á la calle á poner la república. Ya ve V. qué día de San Isidro.



—Me parece que hoy no vamos á hacer negocio en San Isidro.

—¿Qué hemos de hacer, si no hay más que *méndigos*?...

—Yo no he sacado hasta ahora más que un pañuelo á aquel caballero que va con tres chicos, y el tal pañuelo no vale dos reales.

—Pues yo este reloj de plata; total, dos duros.

—Madrid está ya perdido; un hombre no puede ganar para comer con este oficio.

—Pues, hijo, busca otro oficio y verás...

—¿Qué país!



—Muchas gracias, militar.

—Vamos, hermosa prenda, no se haga V. de rogar; veinte reales tengo y quiero gastármelos en convidar á una buena moza...

—Pero no se incomode V. por mí.

—Ande V. que mañana salgo con mi regimiento á perseguir á los carlistas, y puede que pasado mañana me hayan despachado para el otro barrio.

—Si es empeño...

—Sí, señora, es empeño.

—Pues entonces tomaremos lo que V. quiera.

—Y luego daremos unas vueltas en el Tío Vivo. En fin, que me quiero divertir, por si me matan un día de estos.



—Por allí corren.

—Es verdad; recoged las cazuelas, y vámonos.

—Pero, hombre, si no hemos concluido de comer. Pregunta á un amarillo...

—Diga V., guardia, ¿qué ha pasado allí?...

—No sé; creo que es una partida carlista.

—Huyamos... Será el cura de Alcabon.

—No hay que asustarse; es un perro que ha cogido una tortilla que iba á comer un matrimonio, y ha echado á correr con ella en la boca.

—¡Si será liberal el perrito!



—Caballero, *El Combate*, el suplemento á *La Regeneración*, *El Papelito*, *El Trueno gordo*.

—Pero, chico; ¿tú quieres que se me indigeste el escabeche que acabo de comer? ¡Hasta aquí han de llegar las pasiones políticas!



—Vengo encantado, D. Liborio.

—Pues ¿cómo?

—Acabo de ver en la más profunda tranquilidad, en la más perfecta armonía, en la mayor calma á infinidad de hombres políticos de diversos partidos.

—¡Ah! ¿y dónde se encuentra esa felicidad?... ¡Qué dichosa podría ser España si todos los hombres políticos unidos pacíficamente...

—Más pacíficos no pueden estar los que acabo de ver.

—Pero, ¿dónde los ha visto V.?...

—En ese cementerio.

—¡Ah! si la soberbia no les impidiera á los que andan por el mundo pensar en que ahí han de venir á parar, no harían tanta barbaridad.

—De seguro, y cuidarian más de que de ellos quedara grata memoria en el mundo.



Y si les parece á Vds., nos volveremos á casita, porque ni en la romería hay la animación y alegría de otros años, ni puede haberla cuando en tantos pueblos de nuestra patria combaten nuestros hermanos como encarnizados enemigos.

En la *España con honra*, por obra y gracia de los revolucionarios, cuya ambición sólo puede compararse con su ignorancia, no hay momento de reposo, y todo se ha perdido, todo,..... hasta el gusto para ir á saludar á San Isidro bendito.

LA TISIS.

(DEL LIBRO «LA NUEVA ESPAÑA»)

Tengo firme propósito de hablar de todo en este libro, porque, como buen español, de todo entiendo un poco.

Esta es la razón de que escriba hoy un artículo de medicina sin haber estudiado esta facultad, ni aún en enseñanza libre.

Y en medicina el mejor asunto que puedo tratar, atendido el estado en que se encuentra España, es la tisis. Voy, pues, á decir algo de la tisis.

La tisis, nombre que, según dicen, significa consunción, es una de las enfermedades más terribles que afligen á la pobre raza humana. Es incurable, mata lentamente, y llega lo refinado de su crueldad hasta el punto de que los infelices á quien ataca, no solamente no conocen la gravedad de su estado, sino que creyéndose llenos de vida y de salud, hacen sin cesar proyectos para lo futuro.

Y ántes de seguir adelante, se me ocurre una pregunta. Como los pueblos se componen de hombres, y la tisis ataca á los hombres, ¿no podrá suceder que los pueblos lleguen también á padecer y áun á morir de tisis?

Por más que los médicos han estudiado la cuestión, no han podido encontrar las causas verdaderamente productoras de la tisis. ¿Quién es capaz de hallar la causa que ha producido las revoluciones, los cambios que alteran la faz de los pueblos? ¿Quién es capaz de descubrir la verdadera causa que ha producido esa enfermedad que se llama revolución de Setiembre en España?

Es, sin embargo, opinión generalmente admitida que el origen principal de la tisis consiste en un defecto orgánico, ó sea de la estructura del individuo. Esos niños enfermos y endeble que veis en calles y paseos, llevan escrita en la palidez de su rostro una sentencia de temprana muerte. El aceite de hígado de bacalao, y el jarabe de rábano yodado podrán irlos sosteniendo, pero no harán que lleguen á viejos. Esas medicinas se anuncian y se celebran por los que viven de ellas, tanto como la libertad, los derechos individuales y la fraternidad universal, por los que comercian con estas drogas sociales; pero por más que unas y otras medicinas sean amargas y difíciles de tragar, la verdad es que ninguna sirve para otra cosa que para engañar con falaces esperanzas á la confiada familia del enfermo. El abuso de ellas destruye además el estómago, ni más ni menos que el abuso de los derechos ilegales, el abuso de hacer ministros y empleados á cualesquiera, y el abuso de querer todos ser hombres políticos está destruyendo la endeble y raquítica organización de la escuálida situación nacida en Setiembre. Situación aficionada á comidas costosas y de capricho, como los tísicos; situación cuyo mantenimiento cuesta tan caro como el de un tísico, y que, sin embargo de devorar tanto, padece, como ellos, de vértigos y desfallecimientos por falta de fuerzas vitales.

La tisis no solamente procede de la estructura del individuo; adquiérela también el más robusto de resultados de los vicios; pero cuando además de tener su origen en un defecto orgánico, los vicios la aumentan y desenvuelven, entonces el fin del paciente es todavía más terrible y prematuro, después de haber sido su existencia lánguida y melancólica, como el estado actual de España; estado de tisis que han empeorado todos los vicios sociales y políticos.

De padres tísicos no pueden nacer hijos robustos. La tisis se hereda, como la situación nacida hace tres años ha heredado todos los vicios de que nació. Fueron sus padres la deslealtad y el perjurio, y de tales padres sólo pueden nacer hijos que se les parezcan.

En los pulmones, centro de la respiración, donde la sangre acude á purificarse, produce la tisis ciertos tubérculos que es imposible extirpar, porque el bisturí del cirujano mataría al individuo ántes de llegar á aquel punto. Así, lo que procura el médico es evitar que los tubérculos se formen, porque formados, ya no hay remedio contra ellos. ¡Ay de las sociedades cuando los encargados de regirlas no impiden con tiempo que en las grandes capitales, donde la sangre de la nación acude á respirar y purificarse, lleguen á nacer y á tomar desarrollo las agrupaciones ó sociedades que envenenan aquel centro de respiración para que su tóxico se propague! Las ideas disolventes que matan á España podrá estudiarlas el disector sobre el cadáver; para curarlas el cirujano, es ya tarde por desgracia.

La tisis produce en el paciente una disolución completa; toda su organización interior se descompone, y nada en aquel pobre cuerpo funciona como es debido: su cabeza apenas desarrolla ideas, su estómago no digiere los alimentos, no le sirven los nervios más que para producirle convulsiones, y carecen de fuerza para sostenerle las piernas, y de vigor los brazos para apoyarse en el bastón que

ha de ayudarlos. ¡Ah! Cuando veo una persona en esta situación, me acuerdo involuntariamente de la situación actual de España. La revolución de Setiembre nació tísica, y no morirá sino de tisis. ¿No veis la disolución social en todas partes? ¿No veis cómo ha descompuesto toda la organización interior del país? ¿Qué ideas grandes, ni áun de sentido común, desarrolla? Las convulsiones que la agitan no creáis que son síntomas de vida, no; son únicamente efecto de una debilidad nerviosa excitada por falta de salud. No marchará adelante, porque sus piernas están ya cansadas sin haber caminado, y aunque sus manos empuñen el bastón de mando, no ha de servirle siquiera como palo de ciego.

Dejadla por caridad que haga proyectos para mañana; que sueñe con larga existencia, que varíe de aires, de postura, de médicos, que agote cuantos remedios hay en las boticas, incluso la *cola de piel de asno*; dejadla por caridad: como todos los tísicos, desconoce su estado, y no espera la muerte.

Pero por más que no la espere, la revolución de Setiembre nació tísica, y para la tisis del hombre y la tisis de las naciones, no hay remedio, aunque anuncien tantos los charlatanes de farmacia y los charlatanes y mercaderes de política.

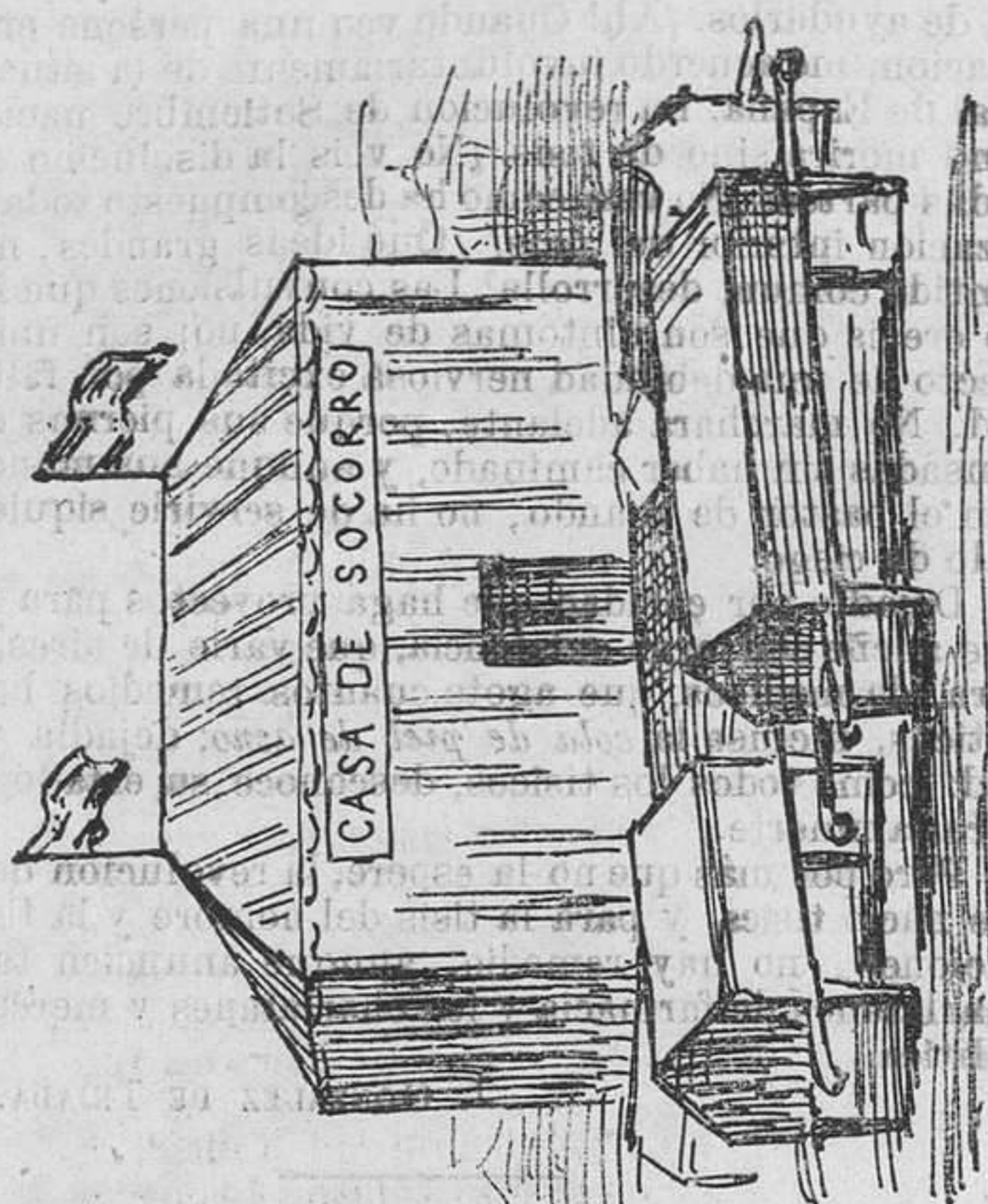
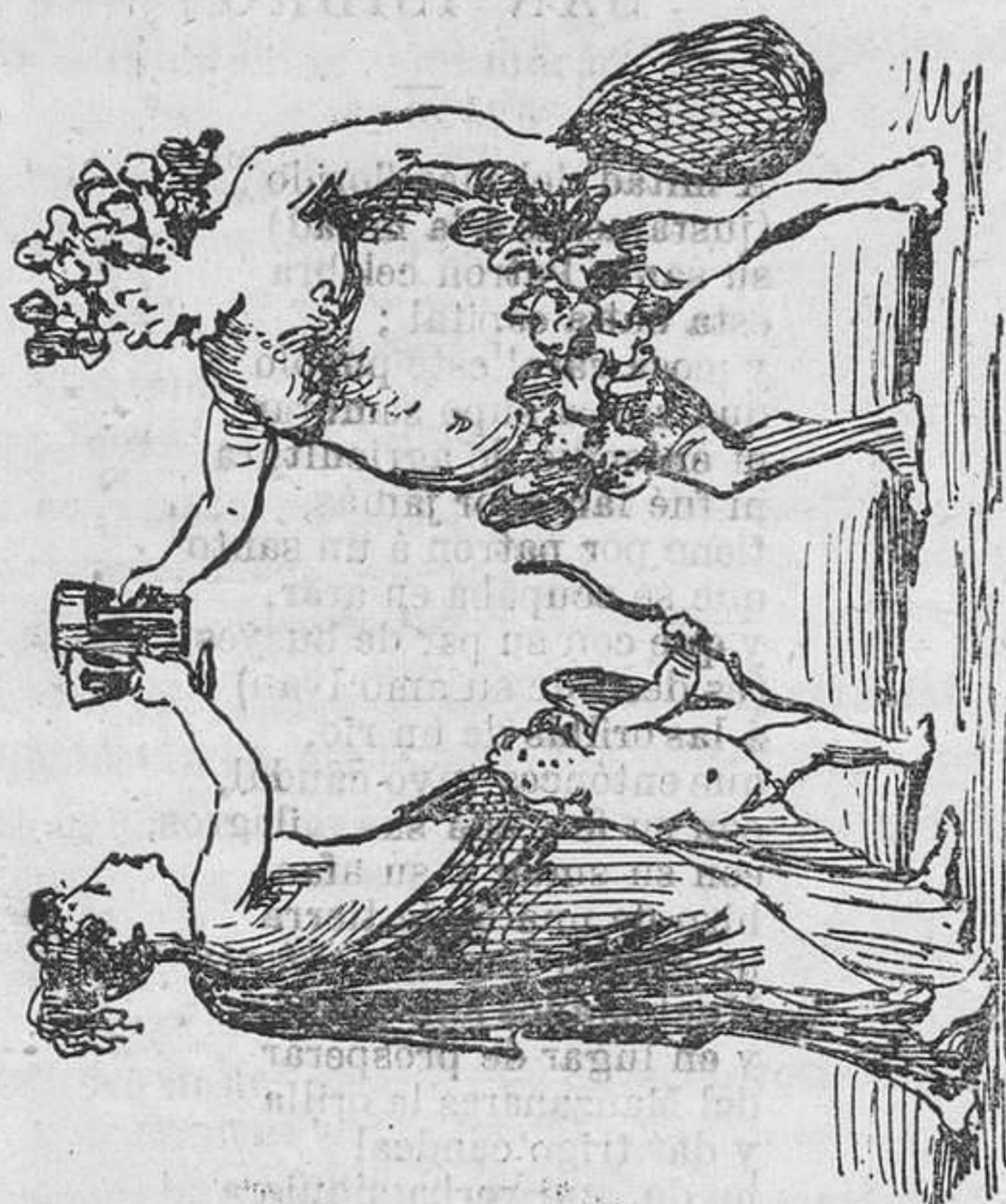
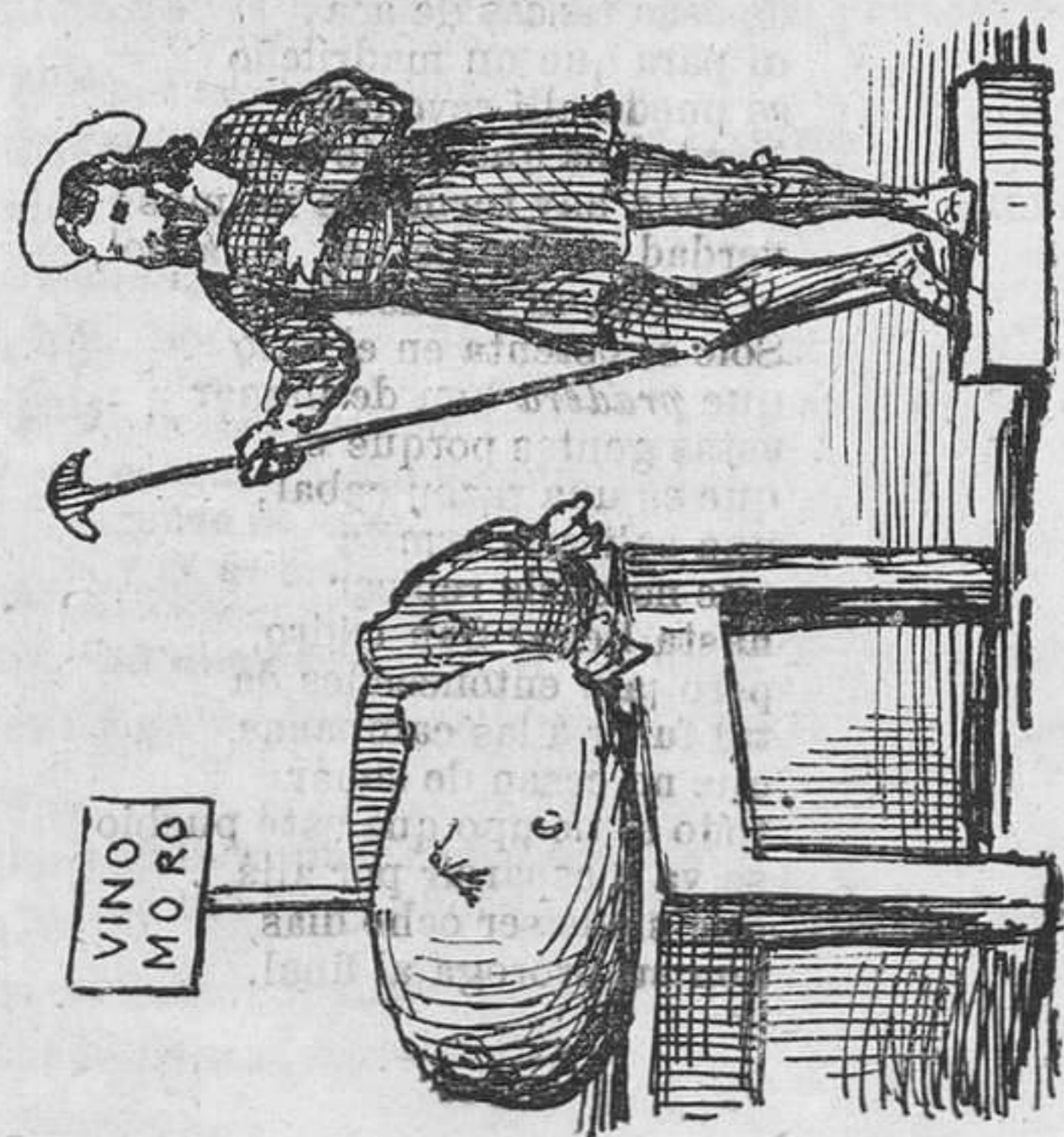
J. GONZALEZ DE TEJADA.

SAN ISIDRO

A mitad del mes florido
(justamente á la mitad)
su santo Patron celebra
esta culta capital;
y ¡cosa rara! este pueblo
que nunca supo sembrar,
ni entendié de agricultura,
ni fué labrador jamás,
tiene por patron á un santo
que se ocupaba en arar,
y que con su par de bueyes
(es decir de su amo Ivan)
á las orillas de un rio,
que entonces tuvo caudal,
con su fe y con sus milagros,
con su sudor y su afán,
hizo de una mala tierra
un campo hermoso y feraz.
Muchos años han pasado,
y en lugar de prosperar
del Manzanares la orilla
y dar trigo candeal
no da... ni yerba siquiera
para que pueda pastar
una docena de cabras
de esas tísicas de acá,
ni para que un madrileño
se pueda allí revolver.
Verdad es que el rio corre
cuando hay tormenta no más;
verdad es que no hay un árbol,
ni choza, ni vecindad,
sólo se ostenta en el sitio
que *pradera* han de llamar
estas gentes porque sí,
que es una razón cabal,
una solitaria ermita
que no suele repicar
hasta llegar San Isidro,
pero ¡ay! entonces les da
tal furor á las campanas,
que no cesan de sonar
todo el tiempo que este pueblo
se va á esparcir por allá,
que suele ser ocho dias
con su próroga al final.

LA BOMBEIA DE SAN ISIDRO MAS EQUILIBRADA

LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO, POR ORTEGO



Lo de más importancia y lo de ménos , en la romería.

El amor y el vino, principios de todo mal en la romería.

Parte integrante de la funcion.

MEDIDA DEL TIEMPO EN LA ROMERÍA



Las 6 de la mañana.



Las 8.



Las 10.



Las 12.



Las 2 de la tarde.



Las 4.



Las 6.



Las 8.



Un romero á quien no le han salido las cuentas.

Efecto que producen los manjares que allí se comen.

Fenómenos que se presentan en este día á implorar la caridad pública.



Fin de fiesta. Palo limpio y navajazo sucio.

Muchos años he gozado
de fiesta tan celestial,
y asistí á la *romería*
con entusiasmo sin par.
Era un niño y me halagaban
ciertos pitos de cristal
con sus flores de papel
de belleza singular,
y unas rosquillas bañadas
yo no sé si en alquitran,
que parecen otra cosa
y son... mendrugos no más,
y campanillas de barro
que tienen vida fugaz,
y unos botijos rojizos
que no se suelen filtrar,
y garbanzos *de verano*,
tostados con mucha sal,
y otras muchas golosinas
que á la fuerza hay que comprar,
á no ser mal madrileño
ó no tener un real.

Me gustaba ver mil ómnibus
que no cesan de rodar
y coches inverosímiles
hasta del tiempo de Adán,
y los mil puestos que cobran
por todo una atrocidad,
y ver la gente tendida
sobre la *arena* almorzar,
y cruzar las callejuelas
de improvisada ciudad,
con casas de esteras viejas
donde pasaporte dan
para irse directamente
lo ménos al hospital,
pues el escabeche, el vino,
las sardinas y demas
de que se hace gran consumo
en día tan especial,
prescindiendo de los palos
y cuchilladas que dan,
por «quiero bailar contigo,»
ó «me resisto á pagar,»
dan más que hacer á los médicos
que una epidemia formal.

Hoy que con calma lo miro,
yo no me acierto a explicar
cómo una pobre familia
gasta, de fijo, el jornal
de una quincena en el coche,
en la merienda y demas,
por disfrutar con la vista
de alegría general,
por emborracharse *allí*
donde lo hacen los demas,
por comer junto á los muertos
que allí abundan, y gozar
en turbar del cementerio
la muda tranquilidad.
El mejor librado vuelve
cansado, sin un real,
cargado como un jumento,
ronco de tanto gritar,
y se acuesta, y si no lleva
encima una enfermedad,
al ménos ve al otro día
cuánto es la dicha fugaz,
al ver que pasó la fiesta
y hoy el contraste es fatal,
pues ni puede ir al trabajo
ni dar á sus hijos pan.

No trato de combatir
esas costumbres, no tal,
goce en buen hora quien goce
con ser *máquina* no más
y marchar donde le lleve
la corriente general,
sin consultar la razón,
sin querer reflexionar;
mas yo que tengo el defecto
de no enloquecer jamás,
y de no gustarme el vino,
ni el incesante *din-dan*,
ni los *torraos* y las pasas,
ni piedras de *Fuenlabrá*,
ni los silbatos. ni el campo,
ni las fondas, ni el gritar,
formé hace tiempo propósito
de no volver por allá,
de no tomar parte activa
en el concierto infernal,
y me contento por tanto,
como veis, en recordar
lo que es poco más ó ménos
la *Romería* de San
Isidro, que patrocina
á esta culta capital.
y que *fué un santo* bendito,
modelo de fé y piedad,
sufrido, modesto, humilde,
y cuya vida ejemplar
recomiendo á los que quieren
reformular la sociedad
por los *pacíficos* medios
que usa la *Internacional*.

CARTAS MORISCAS

IV

Mucho me chocaban, amigo CASCABEL, las costumbres de los cafés de la villa y córte de Madrid, cuando tuve la satisfacción de visitar al centro de la monarquía española. Con el fin de no llamar la atención, me vestía de europeo, dejaba en la fonda donde estaba alojado mi traje musulmán y mi turbante, y con un ancho gabán, y un sombrero, que nunca acertaba á llevar derecho como vosotros, me introducía en los cafés, me sentaba en un rincón, y observaba.

¡Cuánto me he burlado de vuestros sombreros! ¡Y vosotros sois los que creéis tener mejor formado el concepto de las bellas artes! ¿Es posible que países como la España, la Francia, la Alemania, que envían á sus artistas á Italia á inspirarse con el sentimiento de lo bello, rindan culto á la moda tirana de París, que os obliga á vestir del modo más antiartístico y antipoético, y á cubriros la cabeza del modo más ridículo que se ha conocido en la historia del traje humano? Y ¡cuidado, si se lleva con seriedad por las calles de Madrid el sombrero! Ora suba, ora baje su altura en algunos centímetros, ora tenga las alas más ó ménos anchas, más ó ménos estrechas, nunca parece á los ojos de los despreocupados más que un trozo de tubo ó cañón cortado de vuestras estufas ó chimeneas.

Su incomodidad, inútil es ponderarla, porque no se adapta á la cabeza, ni la abriga como los gorros usados por el pueblo en mil diversas partes. ¡Cuánto más cómodo no es el gorro catalán, la boina vascongada, el gorro napolitano y aun el casquete turco! El sombrero francés, que usan las clases elevadas y las clases medias de toda Europa, es lo más incómodo posible, no solo para ser llevado en la cabeza, de donde os lo arrebatara el viento al menor descuido, sino aun para tenerlo en la mano cuando estais descubiertos.

En las reuniones, en los bailes, en los teatros, en los templos, no sabéis qué hacer del sombrero. No os preocupa lo que allí os lleva; no os preocupa la función que acudis á presenciar, ni la ceremonia religiosa que se celebra, sino vuestro sombrero, que os estrujan ó descepillan los concurrentes. Y al salir por las puertas teneis que levantarlo en alto para que no lo estrujen, y á cada momento pasarlo por

vuestra manga, ó limpiarlo con el pañuelo para ponerlo reluciente. Pues qué, ¿no os es posible sacudir la tiranía de la moda francesa? Blasonais de independientes en términos que arrojasteis de la Península á los ejércitos de Napoleón I; ¡sabéis hacer revoluciones locas, y no teneis bastante voluntad, bastante iniciativa para desechar y arrojar de vuestra cabeza un mueble inútil, tan ridículo y molesto como el sombrero de copa alta!

Ríome yo mismo, á solas, de la majadería de los europeos. Pues si á nosotros que nos hallamos bien con el jaique y las babuchas, viniese un rey que nos mandase poner levita y botitos, ¿le obedeceríamos? De ninguna manera. No comprendo, pues, cómo sea posible que, no un rey, sino un Roque, un sastre, un sombrerero, un dibujante de figurines de París, mande tan despóticamente sobre todas vuestras cabezas.

Bien recuerdo que una vez hubo una especie de protesta en Madrid contra los sombreros-chimeneas, ó *chisteras*, como les llama el pueblo que de ellos se burla, intentando entronizar los sombreros hongos; y aún me acuerdo de que vi con hongo, paseándose por la Puerta del Sol, á cierto literato muy obeso, que dicen dijo: «Ni quito ni acepto el hongo, si los otros se lo ponen, me lo pongo.»

La cruzada sombreril no pasó adelante, sin duda, porque tampoco era muy galante cubrirse con el mezquino sombrero hongo ceniciento, tan generalizado entre los tahoneros franceses. Si se hubiese tomado por modelo el antiguo y airoso sombrero de Rubens ó de Felipe IV, ya hubiera sido otra cosa.

Es indudable que el antiguo sombrero español, con plumas ó sin ellas, era más cómodo y más airoso, especialmente con la capa española, que nadie sabe llevar con la gracia y la soltura que los madrileños y los andaluces. Aquel sombrero se hubiera arraigado: el hongo no podía ser.

No obstante, á mí me importa poco. Si yo llevase sombrero y conociese que me incomodaba, le desecharía. Pero los españoles son una clase de gentes, que toda su vida aguantan muchas cosas que les molestan y no les dejan ser felices, porque no saben tomar la resolución de desecharlas, de romper con ellas, de apartarlas de sí.

Sigan, pues, si quieren, con sus sombreros, y mándense si gustan, hasta enterrar con ellos, como entierran á los indios, con las armas que han llevado á la guerra. En cuanto á mí, sólo he dicho que dejaba mi traje árabe para entrar en los cafés, y sólo en este caso me ponía, para no llamar la atención, el maldito sombrero europeo. Cuando no lo necesité más, para frecuentar disfrazado de cristiano, ciertos sitios, á donde vuestra mucha curiosidad no me permitía ir de moro, es decir, al venirme á mi país, estrujé tan odioso mueble entre mis manos, y le tiré á la calle de Alcalá, desde el balcon del hotel donde me hospedaba, acompañándole con cuantas imprecaciones conoce el idioma español, que por cierto no son pocas.

Y aquí se me ocurre preguntarte, amigo CASCABEL, ¿en qué consiste que siendo el idioma español uno de los más *suaves, gratos y armoniosos* del mundo, se empeña en convertirlo el pueblo bajo y no bajo de Madrid y de toda España en uno de los más *soeces, ingratos y bárbaros* que pudiesen inventarse? No me refiero á que los españoles, como sucede generalmente, no sepan hablar en español. Esta observación la habrán hecho muchísimos. Que digan *misté* por *mire usted*, *velai* por *ved ahí*, *melritar* por *militar*, *sordao* por *soldado*, *cuertar* por *cortar*, *catapacio* por *topacio*, *siya* por *silla*, etc., etc., no lo extraño en cierta clase de gentes. Pero sí extraño y deploro que sea general el prurito y arraigadísima costumbre de añadir á cada palabra interjecciones de todos géneros, y *ajos* y *puerros* sin fin, que ofenden los oídos cultos. Cierta ministro hubo que creyó atajar el mal imponiendo una multa, me parece que era de diez reales, por cada vez que se profiriese una palabra soez ó una interjección obscena; pero nada adelantó. El diccionario español aumentaría en una tercera parte de su volumen si fuese lícito añadirle las infinitas palabrotas é interjecciones sin las cuales no sabe hablar ó expresar sus afectos el pueblo. Y al decir esto recuerdo el modo especial que tenía para ganarse la vida cierto juglar que conocí en Roma, y que se presentaba á los extranjeros en las fondas y cafés, preguntándoles si eran gustosos de que les hablase en todos los idiomas. Obtenida la venia, pronunciaba el tal individuo

unos cuantos cumplidos en frances, recitaba unos versos en italiano, profería un refrán en inglés, decía un par de sentencias en alemán, hacia cuatro zalemas en turco; y al llegar al idioma español, para dar á conocer el lenguaje castellano, se desataba en improperios y maldiciones de todas clases, que no hubiera conocido tanta variedad el más desalmado salteador de caminos de España. Así creía dar á conocer á los extranjeros el rico y puro idioma de Cervantes. Pero esto prueba que los extranjeros han observado que el lenguaje español está salpicado de innumerables modismos y palabrotas de mal género, dignos de relegarse á completo olvido.

Por lo demás, nada más animado que un café cualquiera de Madrid. Nunca están vacíos. Por las mañanas sirven chocolates y almuerzos á muchos que no tienen familia con quien compartirlos, ó han tomado la viciosa costumbre de preferir el café á su casa. Al medio día va siendo la concurrencia más numerosa. Son muchas las personas que se citan en ellos, y que prefieren hablar de sus asuntos y negocios teniendo al lado una taza de moka y una copa de marrasquino. Otros esperan la hora de acudir á las audiencias ministeriales, ó gustan de pasar allí el rato jugando al dominó ó leyendo los periódicos políticos. A media tarde va aumentando la animación. Una buena parte de concurrentes acuden para tomar una taza de café con leche, ó un refresco, si es la estación de los calores; pero la inmensa mayoría podría considerarse como abonada. Los mozos, vestidos de negro y con blancos delantales, van preparando en muchas mesas cierto número de tazas y copas para agua, como si esperasen á cotidianos parroquianos. En efecto, á una misma hora suelen presentarse los contertulios, y entónces les sirven el café y los licores; estos ya no abandonan sus puestos hasta las diez, las once ó las doce de la noche. Aquel es un centro de reunión; allí acuden todos los días; allí pasan tres ó cuatro horas refiriéndose mutuamente sus impresiones políticas, las noticias que cada uno haya adquirido, los vaticinios que acerca del cambio ó duración de los Gobiernos se ocurran á cada una, los planes de moralidad pública y de economía que concibe el que no sabe tenerla para su bolsillo, y acude á gastar caprichosamente cada noche 4 ó 5 reales, si á mano viene sin tenerlos, sólo porque ha tomado una costumbre de que no sabe desligarse. Ese dinero hará falta indudablemente para el mejor régimen de su casa ó la educación de sus hijos, pero no importa. ¡Cómo dejar de acudir á charlar cada noche con cuatro ó cinco amigotes, si en todos ellos ese rato de expansión se ha hecho ya una segunda naturaleza! Los mozos suelen dedicarse en algunos cafés á prestar pequeños favores á parroquianos que puedan verse en algun apuro. Algunos suelen dejar cantidades á inexpertos hijos de familia, que el amor ó el juego se las hace imprescindibles, y en el mozo de café hallan un amigo fiel, que, mediante cierto interés, no tienen inconveniente en tenderles una mano protectora. Algunos mozos de café suelen enriquecerse. Cada una de las propinas diarias de sus parroquianos en sí representa y vale poco; pero reunidas todos los días, un mes y otro, y un año y otro año, ya representan una suma no despreciable.

Lo que debe preguntarse es si ganan ó pierden los dueños de los cafés con el sistema de los contertulios; es decir, sabiendo que durante las tres ó cuatro horas de mayor concurrencia por la noche, ocupa las mismas mesas cierto número de parroquianos inamovibles y que sólo hacen de gasto una parte, que sería cuádruple si se fuesen pronto, y ocupasen aquellas mesas otras personas, y luego otras y otras. En París quiso evitar este abuso años atrás cierto dueño de un café nuevo, y suprimió las sillas, los sofás y las mesas. Los concurrentes se acercaban á un vasto y elegante mostrador. Allí tomaban de pié y pagaban en el acto el café ó el sorbete. Nadie interceptaba el paso ni convertía en interminable tertulia sus salones.—En España este sistema no prevalecería, porque el español va al café porque no tiene otra cosa que hacer, ó porque no quiere hacer otra cosa cuando va al café más que estarse allí charlando horas enteras.

EL-ARAB-AL-ARIBA.

CASCABELITOS

Sé por muy buen conducto que hoy se presentará en San Isidro D. Carlos, vestido de paisano y sin boina.

No asustarse, que ese D. Carlos soy yo.

No se incomode el gobernador en enviar amarillos, creyendo que es el otro.

D. Carlos 000000, rey absoluto de EL CASCABEL, por la gracia del público.

Ordeno y mando:

En el término de veinticuatro horas despues de publicado este bando, se presentarán todos los vecinos honrados, y las vecinas tambien, de esta villa y córte, en la plaza de Matute, llevando cada cual una peseta, que no sea falsa, y la entregarán en la Administracion de EL CASCABEL que se halla en dicha plaza, recibiendo en cambio el cuarto tomo de los *Cuentos de salon*, que contiene la novela titulada *La doncella del piso segundo*.

Los que no cumplan esta orden de mi autoridad, serán considerados como anarquistas y tratados con todo el rigor de la ley.

Dado en el palacio de EL CASCABEL á 15 de Mayo, dia de San Isidro, de 1872.—CÁRLOS.

Siguen las mentiras en gran escala.

Estoy seguro de que la verdad de lo que pasa con ocasion de la insurreccion carlista no se sabrá nunca.

Es un mentir desenfrenado.

Carlistas, progresistas, republicanos, moderados, petrolistas, etc., etc., todos están en pecado mortal.

¿Por qué?

Porque no hacen más que mentir á propósito de la insurreccion carlista.

El número 13 del tomo quinto de *Los Niños*, que se ha repartido, es precioso.

Contiene: *Estudios de física*, por Pascual.—*Una oracion por los que mueren en la guerra*, por Frontaura (con lámina).—*Apólogo*, de Lamartine.—*Geometría de los niños*, por Thuillier.—*Fragments morales*, por Ossorio y Bernard.—Poesía por Sanmartin.—*Doña Beatriz Galindo* (con el retrato).—*Doña Juana la Loca* (con el retrato).—*Historia de España*, por Janer.—*El deber*, por Saint-Marc Girardin.—*La familia del buen obrero* (con lámina).—Jeroglífico.

La Dinastia popular falleció.

Era de esperar.

Desde que vino dije yo:

—Esta *dinastia* durará poco.

Las personas de provincias que deseen recibir el número de EL CASCABEL que contiene una magnífica lámina de la *Puerta del Sol*, pueden enviar un sello de medio real, y la tendrán á vuelta de correo.

Otra vez salió á campaña el famoso cura de Alcabon.

Hay que reconocer que este hombre tiene una fe inquebrantable en la causa carlista, y no retrocede ante sacrificio alguno.

Es un hombre de carácter, y no merece burlas en un tiempo en que los caracteres están tan rebajados.

Y no se crea por eso que somos carlistas; pero la verdad ha de decirse.

—Hombre, me alegro de que no se pueda ir á las provincias Vascongadas.

—¿Por qué, hombre?

—Porque así se convencerá mi mujer de que no se muere aunque no se bañe en el mar.

—¿A dónde va V. tan de prisa?

—A tirarme al estanque del Retiro.

—Pues, ¿cómo?

—Nos han derrotado la partida.

—¿Ah! Moriones, sin duda...

—¿Cá! No, señor; un andaluz que copó á una sota, y se lo ha llevado todo.

—Oye, esposo, dice el periódico que las tropas han derrotado á la partida del Tuerto de la Ratera.

—¿Y qué me cuentas? Nunca estará esa partida tan derrotada como yo, que soy, por mis pecados, maestro de escuela.

—¿Ha leído V. los presupuestos presentados por Camacho?

—Sí, señor.

—¿Y qué le parecen á V.?

—Me parece que el señor ministro ha hecho más que todos los generales que persiguen á los carlistas.

—¿Por qué?

—Porque estos derrotan á las partidas, segun dice el gobierno, y el señor ministro con sus presupuestos derrota á todos los españoles.

Los maridos y los padres que tienen esposas é hijas acostumbradas á ir á los bañitos á las provincias Vascas, van á dirigir una reverente exposicion á los carlistas, suplicándoles que no se retiren ni depongan las armas hasta que pase la temporada de los citados bañitos.

Tiene Gil una novia, que es navarra, y se empeña en que Gil gaste zamarra; y Gil, que está por ella de amor ciego, le obedece lo mismo que un borrego.

Propone el hombre, la mujer dispone, y al hombre le compone ó descompone.

Hemos recibido la primera entrega de la obra que, titulada *La Nueva España*, escribe D. José Gonzalez de Tejada. Es una coleccion de artículos humorísticos, sin dejar de ser profundos é intencionados, acerca de cuestiones de actualidad. Se recomienda esta obra por su buen espíritu y por su ameno y correcto estilo.

Para dar una idea de la importancia de esta obra, copiamos en este número el artículo de *La Tisis*, sumamente discreto é ingenioso.

FABRICA DE CORSES.

Plaza de Celenque, núm. 1.

Se hacen á la medida con las mejores condiciones para la salud, y á los precios más económicos.

Las principales y más distinguidas damas de Madrid favorecen esta casa con sus encargos, y están contentísimas.

FABRICA Y ALMACEN

de

SOMBRILLAS, ABANICOS, PARAGUAS Y BASTONES DE MANUEL DE TORRE.

Calle del Arenal, esquina á la Plaza de Celenque.

Novedad, elegancia, buen gusto y baratura.

Se suplica á las señoras que visiten nuestros escaparates.

MADRID:—1872

IMPRENTA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4, Recoletos.